

[continuación]

decir que una especie de íncubo le dictaba sus brillantes juegos dialécticos). Mucho se ha hablado del relato que ocurre a través del autor, como si el ejecutor no fuera más que un medium. No interesan, en este caso, los matices de interpretación, sino más bien el axioma que he querido esgrimir: Si el cuento posee dentro de sí el germen de la sorpresa íntima, tiene grandes posibilidades de subyugar al lector más atribulado.

Hace un tiempo un colega académico cuya opinión de algún modo reverencio, me dio la noticia de que no le había cautivado el borrador de mi último libro de relatos, hoy desecho e inédito aun. El profesor tenía razón a su manera y con sus palabras: me dijo que las fórmulas experimentales y las audacias que en otros relatos me habían granjeado diversas lealtades, aquí tendían a repetirse, a anquilosarse en un oficio algo estéril. No lo sorprendían, y lo peor es que a mí tampoco.

Releyendo vi que mi libro anterior titulado De modo que esto es la muerte (que en otro tiempo arrancó palabras entusiastas a mi amigo) poseía, para mí y sin haberlo compartido con nadie, cuento a cuento, la sorpresa íntima. Verifiqué que casi todos sus relatos habían conseguido sorprenderme de algún modo: generalmente con sus desenlaces imprevistos aun en la paulatina evolución de sus tramas, con sus tensiones progresivas, con sus hemorragias verbales, con la voz y fisonomía de algún personaje. De diversas maneras, comprendí que lo que sostenía aquellos cuentos, desde distintas dimensiones, era la sorpresa íntima. Del libro descalificado por el profesor han sobrevivido menos de la mitad de los cuentos, que para mi incesante asombro coincidían con la idéntica cualidad de sorprenderme a mí antes que a nadie.

Ello me lleva a aventurar un criterio quizá extremo: hoy en día el cuento no puede darse el lujo de no ser demoledor, su supervivencia como género se basa en lo que pueda otorgar de extraordinario frente a la evolución avasalladora de la novela. Y esto se parece a la victoria por knock out de la que hablara Cortázar, con la salvedad de que cada autor debe encontrar el camino, la fuerza y la técnica, para lograr ese knock out. El cuento sigue necesitando ser el hábil pugilista de Cortázar, solo que hoy debe medirse con ese imbatible luchador de sumo que es la novela. En mi caso ese camino ha reclamado el denominador de sorpresa íntima. Es como el barómetro único que poseo para medir la eficacia de mis relatos: si no son capaces de sorprenderme a mí mismo, no estoy dispuesto a que el lector baje del metro con el cuento a medias y no sienta la necesidad imperiosa de pasar llave a su despacho y terminar la lectura.

Queda por esclarecer el punto más álgido: ¿De qué manera fabrico eso que he llamado la sorpresa íntima, teniendo en cuenta que siempre se acerca disfrazada y no deja ver su rostro hasta el momento en que toma forma de palabras? Es como buscar el gato negro en la habitación oscura, con el agravante de que el escurridizo felino cuenta con un orificio para su fuga.

Mi única luz en esta situación es haber ido tomando conciencia de ciertas intuiciones que se desprenden de eso que llaman visión del mundo. Sé que dentro de mi imaginario es posible contemplar que los granjeros coman hombres, que los hombres pesquen gatos en los techos, que una mujer desesperada copule con un dóberman, que alguien refinado y culto críe un cerdo dentro de su bañera. Sin estar mi conciencia atenta a estas cosas tremebundas, ellas tienen cierta condición ontológica que les permite saltar a la superficie y desencadenarse en mis páginas. Y como sé que es posible, cuando llegan las dejo ser: soy el primer sorprendido y el anfitrión alegre del milagro. Lo mismo ocurre con la textura de las palabras, con las soluciones causales de una trama, con los tres brazos de un personaje.

Algo en mí siempre está predispuesto a prepararles la entrada en escena, como si tuviera una compuerta permanentemente abierta, o como si fertilizara con tesón agricultor un terreno vasto para que el día en que el azar deposite una semilla, pueda germinar sin impedimentos. En este campo eternamente arado y fértil solo son malas hierbas aquellas cuyo nacimiento sea una crónica anunciada: en este caso, el cuento ha nacido muerto. Solo es posible hoy un cuento que no sea el medio para comunicar algo, sino el emisor puro de su impacto y su sorpresa íntima.